

tés y las de Ordaz y de sus amigos, contestando á las que les dirigió el gobernador, fueron enviados á éste, con uno de los dos hombres portadores de la orden de destitucion. El otro, participando del entusiasmo general, se alistó entre los soldados de la armada.

Provistos los barcos de las armas y víveres necesarios, dispuso Cortés dirigirse á la Habana, último punto de la isla en que le esperaban muchos hidalgos y soldados que anhelaban ir en la expedicion. Como en las poblaciones interiores habia muchos individuos dispuestos á ir en la armada, ordenó á D. Pedro de Alvarado que, con la gente que quisiera ir por tierra, emprendiese la marcha hácia la Habana, llevando los caballos, y recogiese á los que se alistasen, mientras él marcha al mismo puerto, por mar, con el resto del ejército.

Marcha Cortés á la Habana por mas víveres y gente. Los barcos se hicieron á la vela; pero al llegar la noche, se vieron precisados, por causa de los vientos, á separarse algunos, reuniéndose todos en el puerto de la Habana, excepto el de Cortés, cuyo paradero se ignoraba. D. Pedro Barba, que era el gobernador de la ciudad puesto por Velazquez, recibió con agasajo y afabilidad á los oficiales y soldados expedicionarios, y les alojó en los puntos mas convenientes. Entre tanto el barco en que se hizo á la vela Cortés no parecia, y la gente empezó á temer que le hubiese acontecido alguna desgracia. Entonces se dispuso enviar algunos buques en su busca; pero en resolver qué barcos y qué personas debian ser las elegidas, se pasaron otros dos dias.

La creencia de que se habia perdido la embarcacion se hizo general con aquella tardanza, y muchos oficiales

ambiciosos empezaron á manifestar que seria conveniente elegir, de entre ellos, un nuevo jefe, entre tanto que llegaba á presentarse Cortés. Uno de los que mas empeño manifestaron en que se procediese al nombramiento de un general interino fué Diego de Ordaz, persona muy favorecida de Velazquez, que acaso acariciaba la esperanza de que recayese sobre él la eleccion para estar á un paso de la propiedad.

A calmar los temores de unos y apagar las ambiciones de otros, llegó á los siete dias la presencia de Hernan Cortés, cuyo retardo habia consistido en haber encallado su buque en unos bajos, entre la Trinidad y el cabo de San Anton, y haber permanecido así hasta que lograron ponerle á flote, descargando los víveres en tierra, volviéndolos á recoger luego.

La alegría del ejército fué indecible al ver á su general, quien refirió á todos el motivo de su detencion.

El gobernador D. Pedro de Barba, animado de los mas generosos sentimientos, alojó á Cortés en su misma casa, en donde fué obsequiado cumplidamente.

Brillante acogida de Cortés en la Habana. En los vecinos de la Habana reinaba el mismo entusiasmo que en los de Santiago y Trinidad por aquella expedicion, y muchos empezaron á realizar sus haciendas para marchar en ella.

Cortés hizo un llamamiento á los que quisieran seguirle, y enarboló su estandarte en el punto mas público pregonando la próxima jornada. Su invitacion fué aceptada por caballeros de alta importancia, entre los cuales se contaban D. Francisco de Montejo, que mas tarde llegó á ser

adelantado de Yucatan, Diego de Soto el de Toro, Juan Nájera, y otros muchos individuos de importancia y de buena posicion social.

Queriendo Cortés que los víveres fuesen en grande abundancia, envió á Diego de Ordaz de capitan de uno de los barcos, á la punta de Guanaguanico, para que de un pueblo de indios que allí estaba se proveyese de pan de cazabe y de cerdos. Pertenece la estancia á D. Diego Velazquez; y como Ordaz era mayordomo mayor de las haciendas del gobernador, ninguno habia mas á propósito que él para desempeñar aquella comision. Cortés le ordenó que, desempeñado su encargo, esperase en el mismo puerto hasta que llegase otro barco que iria á buscarle, y que juntos se dirigiesen á Cozumel, punto á donde marcharia la flota.

Dos miras llevó Cortés al confiar á Ordaz la comision referida: primera, proveerse de bastimentos; y segunda, alejar del centro de accion á un amigo de Velazquez, que se habia manifestado deseoso del mando, aunque Cortés nunca se dió por entendido de ello (1).

Mientras se hacian los abastecimientos necesarios y se reclutaba gente, Cortés que era la actividad personificada, vigilaba sobre todo lo que pertenecia á la armada. Siendo el buen estado de las armas lo mas importante en el ejér-

(1) Prescott dice que «Ordaz fué enviado con órden de apresar un barco que iba con viveres, y conducirlo al puerto para comprarlos». Bernal Diaz, que presencié los hechos, asegura que fué enviado con un barco á la punta de Guanaguanico, «á un pueblo que allí estaba de indios, adonde hacian cazabe y tenian muchos puercos, para que cargase el navio de tocinos, porque aquella estancia era del gobernador Diego Velazquez».

cito, mandó sacar la artillería de los barcos; limpiarla perfectamente; probar el alcance de las piezas, y preparar las municiones necesarias para ellas. A los hidalgos que formaban la corta, pero importante fuerza de caballería, les hacia que se ejercitasen en el manejo de la espada y de la lanza, revolviendo á todas partes el caballo; y á los soldados de infantería, en el de las armas que les pertenecia. A todos estos ejercicios asistia él, mandando las maniobras y tomando parte en ellas.

Mientras los soldados se ejercitaban en el manejo de las armas, otro gran número de personas se ocupaba en hacer petos y espaldares de algodón, que presentasen la suficiente solidez para resistir la flecha, y quitase al soldado el peso de la armadura de hierro, innecesaria en aquellas guerras.

Desde este punto de la Habana empezó Cortés á rodear su persona del brillo conveniente á la autoridad de general en jefe, pero sin afectaciones, sin pedantería; con el atractivo que saben prestarle el talento y la fina educacion. Hernan Cortés se hacia respetar y querer á la vez. Para vivir con la decencia que exigia la posicion que ocupaba, nombró un mayordomo, y se hacia servir de un número suficiente de criados que siempre se distinguieron por su fidelidad.

Orden de prender á Cortés dada á la autoridad de la Habana por Velazquez. En los momentos en que se habia dispuesto el dia para la salida de la Habana y la flota se encontraba abastecida de cuanto era necesario para emprender el viaje, llegó una alarmante noticia para Cortés. Indignado Velazquez de que no hubiese cumplido el alcalde mayor D. Francisco

Verdugo con la orden que le habia comunicado, envió á un leal servidor suyo llamado Gaspar Garnica, con nuevas órdenes para el gobernador de la Habana D. Pedro de Barba. En ellas le decia que, sin pretexto ni excusa, quitase el mando á Hernan Cortés, y bien custodiado se le enviase preso inmediatamente á Santiago de Cuba. Con el mismo mensajero envió cartas á Diego de Ordaz, á Juan Velazquez de Leon, que eran deudos y amigos suyos, y á otras personas de su confianza, suplicándoles que auxiliasen al gobernador Barba en la ejecucion de lo dispuesto.

Cortés tuvo noticia de la orden librada contra él, casi en el mismo instante de haber sido recibida. Un fraile de la orden de la Merced, Fray Bartolomé de Olmedo, persona muy respetable por su saber y virtudes, que iba de capellan en la armada, tuvo tambien carta, por el mismo mensajero, de otro fraile de la Merced amigo de Velazquez. En ella habian escrito algunos renglones el secretario D. Andrés del Duero y el contador D. Amador Láres, avisando á Cortés de todo lo que pasaba.

La orden de prision, comunicada por Velazquez á Barba y las cartas suplicatorias á Ordaz y Velazquez de Leon para que le auxiliasen á ejecutar lo mandado, hicieron comprender á Cortés que el gobernador se ponía en abierta hostilidad con él. Habia creido que bastarian sus protestas de fidelidad y la opinion de todas las personas, inclusa la del alcalde de Trinidad, para desvanecer las sospechas que le habian hecho concebir algunos adula-dores, y en esa confianza marchó con la escuadra al puerto de la Habana. Pero al ver que mas fuerza tenian en el ánimo del gobernador las calumnias de sus émulo

que el parecer y recomendaciones de la poblacion de la isla, su corazon se rebeló contra lo dispuesto, y se propuso continuar en el mando, si lograba persuadir á las autoridades y á sus soldados de la injusticia de la orden, y atraerles á su favor.

Tacto de Cortés. Inmediatamente se dirigió á ver á D. Juan
Decision del ejército en su favor. Velazquez de Leon que, como pariente del gobernador y personaje de suposicion, podia influir poderosamente en contra ó en pro de la disposicion de Velazquez. Cortés le habló con la franqueza del leal compañero, y desde el momento logró atraerle á su favor. No se mostró menos adicto á Cortés el gobernador D. Pedro Barba, que le consagraba una amistad verdadera. Ganada la voluntad de la autoridad y de los que podian declararse en favor de Velazquez, Cortés manifestó claramente á su ejército lo que pasaba; hizo saber que se habia librado una orden para prenderle, arrancada del gobernador por viles calumniadores; pero que siendo injusto aquel proceder, estaba resuelto á no acatar la disposicion de Velazquez, si contaba con la adhesion de sus valientes oficiales y soldados.

D. Pedro de Alvarado y sus hermanos, Alonso Hernandez Portocarrero, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid, Juan de Escalante, los hermanos Monjaraz y todos los oficiales, se manifestaron dispuestos á combatir contra cualquiera que intentase dar cumplimiento á la orden recibida. La misma decision mostraron los soldados; «y todos nosotros—dice Bernal Diaz—pusiéramos la vida por el Cortés.»

Hombre que así se hacia querer de nobles y plebeyos,

de capitanes y de soldados, de autoridades y de particulares, donde quiera que llegaba y era conocido, gran mérito debía encerrar sin duda. El único tal vez que, por la ambición de mando que habia manifestado, podia haberse declarado en favor de Velazquez, era Diego de Ordaz; pero por lo mismo, Cortés le habia enviado con un buque á la punta de Guaniguanico á proveerse de víveres, como se ha dicho, alejándole así del teatro de los acontecimientos.

El gobernador D. Pedro Barba, conociendo que, aunque él hubiera querido ejecutar la orden dada por Velazquez, hubiera sido imposible cumplirla, por la resolucion de los soldados y oficiales en oponerse á ella, escribió al gobernador, manifestándole que no se habia atrevido á ejecutar lo mandado, porque hubiera equivalido á condenar á la poblacion á la ira de los expedicionarios. La carta terminaba pintando la imposibilidad de intentar nada contra Cortés, y asegurándole que no habia motivo ninguno para desconfiar de la lealtad de él.

Cortés, por su parte, trató de tranquilizar á Velazquez, y le escribió tambien, con el mismo mensajero Garnica, una atenta carta «con palabras tan buenas,—dice Bernal Diaz,—y de ofrecimientos que las sabia muy bien decir», y concluia asegurándole finamente, «que á otro dia se haria á la vela, siendo siempre muy servidor suyo».

Número de buques de que se componia la flota. Manifestada su resolucion, trató de realizarla en el término fijado. Once eran los buques que formaban la escuadra, y todos se hallaban con los víveres y armamentos necesarios. Cortés distribuyó su gente en tantas compañías cuantos eran los barcos, y dió el gobierno de cada uno á capitanes de acreditado

valor y pericia. Eran esos capitanes Juan Velazquez de Leon, Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo, Alonso Hernandez Portocarrero, Cristóbal de Olid, Francisco de Morla, Juan de Escalante, Francisco Saucedo, Ginés de Nortes y Diego de Ordaz, á quien, como queda dicho, envió á la punta de Guaniguanico. Cortés se reservó el buque de mayor porte, y en su castillo de popa colocó la bandera de Castilla. El cargo de piloto mayor de toda la escuadra se le confirió al experimentado marino don Anton de Alaminos, práctico ya en aquellos mares, y que habia llevado el mismo mando en la expedicion hecha por Córdoba y en la efectuada por Grijalva.

Las primeras horas de la noche se pasaron activando el embarque de algunos víveres. Despues la tripulacion se entregaba al descanso para emprender al siguiente dia las fatigosas maniobras de salida.

Cortés fué el último que se entregó al reposo.

Despues, solo quedaban de pié los centinelas colocados en los buques.